

VIII.

LAS HUELLAS DEL VICIO.

No era ya el esposo de Julia aquel jóven gallardo y simpático á quien hemos conocido al principio de esta historia : su aspecto era extraño y tenía algo de fatídico.

Estaba muy flaco, y su semblante, áun hermoso, correcto y expresivo, se veía cubierto de una palidez casi lívida : sus grandes ojos oscuros se habían hundido bajo sus hermosas cejas y lanzaban miradas recelosas y sombrías : llevaba el cabello largo y la barba crecida : su fino y sedoso bigote oscuro se había vuelto duro y poblado : su boca se había desfigurado á fuerza de reír con amargura : sólo se conservaban hermosas sus manos, y sus piés, á pesar de lo deteriorado de su calzado, presentaban una aristocrática forma.

Su traje difería poco del de todas aquellas personas que viven en el vicio y en el desórden; casi todos estos desgraciados se parecen en el atavío : empiezan por deshacerse de las prendas de ménos valor y se quedan con el traje mejor, por cuya razon todos van vestidos de negro.

Esto mismo había acontecido á Diego : su levita era de rico paño sedan, pero las costuras estaban blancas, y

á través del tejido se veía la trama : lo mismo sucedía con el pantalon y el chaleco de saten : su camisa estaba sucia y arrugada, y la levita abrochada sólo dejaba ver un cuello ajado y una corbata negra, que parecía un cordón.

Entró en el cuartito de su hermana y se arrojó con desaliento en un sillón.

Julia corrió á él y le preguntó, tomándole una mano :

— ¿Estás enfermo, Diego?

— No, respondió éste desprendiéndose bruscamente; estoy bueno, déjame.

— Hermano, dijo Natalia, vas á decidir una grave cuestion que se agita entre tu mujer y yo : luégo Julia nos dejará solos, porque tengo que hablarte de un asunto reservado.

— Sepamos la cuestion, repuso Diego dulcificando de tal modo su dura mirada para fijarla en su hermana, que Julia comprendió que su derrota era segura entre aquellos dos seres abyectos, que tan perfectamente se comprendían.

— Pues bien, escucha : há poco rato que Julia ha entrado aquí á decirme que puesto que tú no te cuidabas de tu casa y de tu familia, cada uno debía ganar para vivir : ¿es esto verdad, Julia?

— Es cierto, respondió la jóven, quien, á pesar de reconocer la perfidia del exordio, tuvo el valor necesario para no negar la evidencia.

— Me dijo que era necesario que trabajase yo, que trabajase Adelina, y que ella también trabajaba ya á pesar de tu oposicion, habiendo cobrado su trabajo adelantado : ¿no me dijiste esto, Julia?

— Eso te dije.

— ¡Hola! murmuró Diego clavando en su mujer una mirada sombría : ¿has cobrado ya por un trabajo que no has hecho?

— Sí, respondió Julia con firmeza.

— Y.... ¿cuánto?

— Dos mil francos.

— Prosigo, añadió Natalia, que veía amontonarse negras nubes sobre la frente de su hermano, con esa malvada alegría, hija sólo de las personas rencorosas. Julia me dijo que trabajara, y yo le contesté que pensaba hacerlo, pero en mi casa ; porque has de saber que hoy he firmado un ajuste en la Gaité.

— ¿Tú?

— Sí, yo : me ha proporcionado esta ventaja una persona muy apreciable, de que luego te hablaré.

— ¿Y vas á poner casa?

— Sí; tengo dos mil francos al mes.

— ¿De veras? ¿Has cobrado ya algun adelanto? preguntó ansioso Diego, quien, desde que se habia entregado al juego, hablaba con trémula voz siempre que se trataba de dinero.

— No he cobrado aún nada, pero espero que mañana me mandarán dinero y aviso para ensayo; me voy, pues, á mi casa, y así cumplo la voluntad de tu esposa y la mia tambien; pero me llevo á Adelina.

— ¿Tendrás toda esa abnegacion? preguntó Diego admirado.

— ¡Oh, Dios mio, llamas á eso abnegacion! exclamó Julia dolorosamente.

Diego le envió una mirada lenta y fria como la hoja de un puñal, y la palabra espiró en los labios de la jóven.

— Julia se opone, prosiguió Natalia : dice que necesita á Adelina : yo la necesito tambien, y ademas, tengo esperanzas fundadas de conseguirle pronto un ajuste.

— ¿Un ajuste? preguntó Diego : ¿y dónde?

— En la Gaité, conmigo.

— ¿Un ajuste á Adelina? preguntó Julia : eso sería infame.

— ¿Te callarás? exclamó Diego con ira : luego, volviéndose á su hermana, añadió :

— Te doy á Adelina yo, que soy su tutor.

— ¡Oh, gracias, hermano! sólo te ruego ahora que me concedas cinco minutos de conversacion. Julia, ten la bondad de dejarnos solos.

La señora Blanford salió, reflexionando que debia ceder, supuesto que muy pronto iba á verse libre de Natalia.

Pero su corazon estaba oprimido por una desgarradora angustia : no podia olvidar la expresion de ódio que se pintaba en las facciones de Diego cuando la miraba : ya no debia dudarlo : su esposo, á quien ella amaba tanto, la aborrecia : aquel amor primero de su vida ; aquel amor tan puro, tan afectuoso, tan inalterable, habia de servirle únicamente de suplicio, puesto que no podia encontrar correspondencia.

Y luego la soledad en que la dejaba la salida de su casa de Natalia y de Adelina la amedrentaba sin saber por qué : ¡vivir sola con Diego! Esta idea, que la hubie-

ra colmado de alegría tres años ántes, la helaba ahora de terror : la desdichada preveía algo de terrible en lo futuro, así como las gaviotas preven y adivinan las tempestades.

Largo rato pasó en su cuarto, sumida en sus amargos pensamientos : de repente se estremeció : habia oído abrir la puerta del cuarto de Natalia, y tras esto, la voz de su marido, que decia :

— Descuida, iré mañana.

Volvióse á cerrar la puerta : Diego atravesó el largo pasillo y entró en la habitacion conyugal, que era donde se hallaba Julia.

Cerró tras sí, y luégo dió una vuelta por el aposento con aire feroz y sombrío.

Despues se detuvo delante de Julia y le dijo brusca-mente y con acento sordo :

— Dame ese dinero que has cobrado por tu cuadro.

Julia le miró asombrada : le parecia un sueño lo que oía; pero de súbito su frente se irguió y se levantó del sillón que ocupaba, serena y grave.

— Dame ese dinero, repitió su marido.

— ¡No! respondió ella.

— Lo necesito..... insistió Diego, que hacía vanos esfuerzos para dominar su furor.

— ¿Le necesitas acaso para jugar? preguntó Julia.

— Sí, dámelo.

— Te he dicho que no : no te lo doy.

— Escucha, Julia; puesto que ya te han dicho que juego, no te extrañará lo que voy á revelarte : esta noche he perdido cuanto tenía : he venido á esta casa loco, des-

esperado ; dame ese dinero para que pueda desquitarme.

— Te repito que no te lo daré.

— ¿Te niegas á ello?

— Rotundamente.

— Dámelo y te dejaré ganar más, insistió Diego con acento suplicante : mira..... yo te prohibí trabajar porque tenía envidia de tus cuadros, porque temia la gloria que te han de proporcionar.

— Ya lo sé, murmuró Julia dolorosamente.

— Entónces dame ese dinero y te dejaré trabajar, y te serviré de rodillas..... tú no puedes valer ménos porque yo no te permita trabajar..... tu talento será siempre radioso, sublimé, aunque nada hagas : pues bien; para olvidar lo que vales y mi pequeñez, para olvidar mis pasados sueños de gloria, necesito jugar..... necesito dinero..... ¡oh, tú, que lo tienes, dámelo..... te lo pido de rodillas..... y al ménos habrás hecho algo por mí!

Y el miserable cayó, en efecto, de rodillas á los piés de su mujer, que se apartó de él con horror.

— ¡ Ah! exclamó ella ocultándose el semblante con ambas manos ; todo el amor que te he tenido debe morir asesinado por esa atroz confesion, ó Dios no sería justo.

— ¿Y qué me importa á mí tu amor? rugió Diego levantándose exasperado : tu dinero..... tu dinero es lo que necesito ahora..... ¿ dónde lo tienes ?

— ¡ No lo sabrás!

— ¡ Ira de Dios, vas á entregármelo al instante ó á morir ! gritó ebrio de furor y levantando sobre la cabeza de Julia su puño cerrado; luégo añadió :

— Por última vez, ¿me dices dónde está?

— ¡No! respondió Julia con un valor heroico: ¡no seré yo quien alimente tus vicios!

Diego, al oír esta negativa, descargó su puño sobre la rubia cabeza de su mujer, que cayó al suelo sin lanzar un gemido: al mismo tiempo sonó la campanilla de la puerta de la entrada de la habitación.

Diego se lanzó frenético al secreter de Julia; pero lo vió cerrado, y empezó á registrar los bolsillos del traje de ésta, que seguía inanimada.

De repente se abrió la puerta, y apareció Natalia con una bolsa de seda en la mano.

— Diego, dijo, aquí tienes, para que tomes lo que quieras, mis adelantos de dos meses.

Diego, al oír estas palabras, se separó de Julia, tomó la bolsa con avidez, vació en su mano como la mitad de su contenido, y salió dando un rugido de alegría y saltando los escalones de dos en dos, para volverse á jugar.

Natalia, asombrada de lo que veía, se inclinó hácia Julia; pero ésta se incorporó penosamente y consiguió ponerse de pié.

En su frente, y junto al ojo derecho, se veía una mancha morada, que se iba poniendo negra.

— Pero ¿qué ha sucedido? preguntó la actriz.

— Nada, respondió Julia con heroica sonrisa: me he caído y dado un golpe en la cara; pero ya pasará.

En aquel instante, una figurita pequeña, delgada y vivaz asomó á la puerta y se acercó de puntillas á Natalia: era Adolina.

Aproximó sus rosados labios al oído de su hermana y le dijo:

— ¡No se ha caído Julia! ¡le ha dado Diego un golpe! ¡Pobrecita!

— Bien, respondió Natalia: calla y vamos á dormir: así que amanezca dejaremos esta casa y nos iremos á una fonda, hasta que yo ponga la mia.

— ¡Qué! ¿me voy yo contigo?

— Sí.

— Pues ¿y Julia? ¿se queda sola?

— No, con su marido y con su gloria, respondió Natalia con una ironía salvaje, y comprimiendo con trabajo una carcajada, en la que había tanto de sórdido y cruel como de vengativo.

*María Guerrero
de Arminio*